

fuerza, nadie los ha dibujado como Miguel Angel. Sus imitadores cayeron en las exageraciones más ridículas.

La escuela romana supone un resumen de todas las demás. Su gran pintor fué Rafael, el artista joven, inteligente, mimado por sus contemporáneos y admirado siempre desde entonces. Discípulo de Perugino, se parece mucho a él en la composición armónica y en la dulzura. Estuvo también en Florencia y aprendió allí la delicadeza del dibujo. Amó las formas redondeadas, la belleza fácil, la gracia dulce y tranquila. Sus Madonnas y sus Sagradas Familias han sido conocidas por todas las naciones. Atraen porque son humanas y suaves, pero, desde luego, les falta el divino misterio; son sólo hermosas. En Roma, Rafael aprendió mucho de Miguel Angel; sus pinturas para las estancias y las logias del Vaticano tienen fuerza y emoción y son magníficas. Rafael unió en sí todas las virtudes y los vicios del Renacimiento.

Leonardo de Vinci, que pasó su juventud en Florencia y más tarde trabajó y fundó escuela en Milán, fué también un artista genial, típicamente renacentista. Pintor, escultor, ingeniero y arquitecto, tuvo curiosidad y amor por todas las cosas. Como pintor es enormemente original. El «sfumato», la sonrisa inteligente, el dibujo perfectísimo, la esbeltez singularmente graciosa de sus Vírgenes y sus ángeles, todo es inconfundible. Dejó dos pinturas famosas: *La Cena*, muy mal conservada, pero copiada mil veces, perfecta de expresión y proporciones, y el retrato de Mona Lisa, *La Gioconda*, considerado como una de las obras más extraordinarias de todos los tiempos, tardó cuatro años en pintarlo y logró una expresión extraordinaria, una misteriosa sonrisa que ha intrigado a los modernos.

La escuela veneciana siguió por el camino emprendido en el Quattrocento y llegó a una riqueza de colorido deslumbradora. El Giorgione consiguió un color vivísimo, que sus contemporáneos llamaban el fuego giorgiano; es el pintor de la vida placentera. Otro pintor veneciano fué Sebastián del Piombo, que trabajó en Roma con Miguel Angel; se dice que Miguel Angel hacía el dibujo y Piombo ponía el color cálido y brillante. Pero el gran maestro fué Tiziano, pintor de reyes y príncipes, quizá el mejor colorista de Europa. Vivió mucho tiempo y trabajó mucho. Cuadros mitológicos luminosos, magníficos, con un calor extraordinario. Pinturas religiosas muy humanas. Y sobre todo retratos de una elegancia incomparable. Nuestro Museo guarda una colección abundante, que asombra por la riqueza, la luz y la fantasía. Le suceden dos pintores también geniales: Tintoretto, que quería lograr «el dibujo de Miguel Angel y el colorido de Tiziano», y fué un Miguel Angel en pequeño, también enérgico y fuerte, y Veronés, pintor de la riqueza y la fantasía. En ambos la luz se ha hecho más plateada y suave, gustan de los grises y los azules y juegan con el claroscuro. Por último, en Parma hubo un pintor, Correggio, que ejerció casi tanta influencia como Miguel Angel. Su arte es externo, brillante, suave; le gustan las formas blandas y la luz tibia cayendo sobre el espacio oscuro. Sus cuadros son fáciles y atrayentes y tuvieron muchos imitadores.

En torno a estos maestros trabajaron otros muchos pintores de mérito. El genio maravilloso de Italia se volcó en la pintura y asombró al mundo. Pero también llegó al agotamiento y en el siglo siguiente empezó una decadencia que iba a durar mucho tiempo.